

III. PADRE E HIJO.

Las últimas vacaciones, en la Navidad de 1884, fueron memorables. Con la explicación, un poco ligera, de que podía resultarle “conveniente” el “acostumbrarse a entrevistar a los enfermos”, Karl hizo que el muchacho lo acompañara en sus visitas de médico a domicilio. En el camino, hablaban de medicina, de la vida y del futuro del muchacho.

El Dr. Groddeck no respetaba las tradiciones médicas. Era un hereje en medicina, “seguía su propio camino, correcto o equivocado, y no mostraba respeto por la ciencia ni de palabra ni de hecho”. Pensaba que había demasiada “prestidigitación” en la medicina, demasiado cumplimiento de las técnicas establecidas, muy poca investigación. Sólo un médico vivo merecía sus elogios, Ernst Schweningen, el médico de Bismarck. Schweningen, despreciando de manera arrogante las opiniones de sus colegas, tomaba sus propias decisiones y adaptaba cada tratamiento a las necesidades del paciente.

Karl se preocupaba por una tendencia que observaba en su hijo. Cuando el muchacho reconoció que había reñido con el único amigo que había hecho en la escuela, su padre le habló severamente: “Conserva esa amistad”, le dijo. “Ustedes corren el peligro de tener una característica de su madre. Ella atrae a la gente y, en realidad, especialmente a la gente valiosa, pero su desgracia es que no puede soportarlo. Siente que se pierde en sus amigos y por eso los rechaza. Se convierten en un peligro para su ser mismo. Piensa en esto. No pierdas lo que tienes.”

El muchacho asintió en silencio. Conocía ese rasgo de su madre. Rechazaba no sólo a los amigos sino a su marido y a sus hijos. El afecto suponía para ella exigencias que no estaba dispuesta a aceptar. A su padre el amor lo enriquecía; su madre trataba de protegerse de ese amor. Los pacientes de su padre, hasta los enfermos crónicos que habían llegado año tras año al balneario, se mostraban agradecidos de sus atenciones, y él recibía de ellos algo más que honorarios y cojines bordados.

Aunque el Dr. Groddeck quería que su hijo aprendiera a hablar a los enfermos, no le permitía entrar en la casa de un paciente. Karl daba distintas excusas: el peligro de contagio, la timidez enfermiza del enfermo, la presencia de algún pariente desagradable. Aun de niño, Georg sabía que había algo especial en la manera que tenía su padre de tratar a los pacientes. Quizás una visita suponía una intimidad que no debía ser contemplada por nadie. Algunas veces Karl salía aparentemente agotado.

Georg sabía lo difíciles que eran las cosas para su padre en Berlín. Su empleo como médico forense apenas aportaba el dinero para cubrir las necesidades. Todavía había deudas por el asunto de la casa e inclusive demanda legales. Durante tres años, la confirmación del muchacho había sido aplazada porque no había dinero para comprar el traje negro requerido. Tenía más de 17 años cuando lo confirmaron. Toda la ceremonia le pareció sin sentido, salvo el lema que le dieron: “Te agradezco, Señor, que te hayas mostrado airado conmigo”, que, para él, tenía alguna significación, todavía no clara.

El último año en Pforte fue el mejor. Los mayores tenían permiso de salir dos veces a la semana. Generalmente pasaban sus preciosas horas de asueto en un restaurante al aire libre, donde consumían cerveza. Un día, apenas un mes antes de los exámenes finales, bebieron más de lo habitual o quizás se sintieron eufóricos ante la perspectiva de su próxima libertad. En todo caso, empezaron a cantar a voces. Ninguno se dio cuenta de que un paseante se quedó mirándolos con desaprobación. Pforte tenía reputación de ser una de las mejores escuelas de Alemania y una de las más estrictas. Los muchachos fueron denunciados a las autoridades de la escuela. Al día siguiente, Georg fue llamado ante una reunión solemne de todo el cuerpo docente. Le dieron una dura reprimenda, se le ordenó que permaneciera en su cuarto y se le dijo que sólo el respeto por su familia impedía su expulsión inmediata.

Se sintió desesperado. Enviaron una carta oficial a sus padres en Berlín, pero antes que Karl pudiera replicar, un maestro intercedió inesperadamente, declarando que el joven Groddeck tenía un buen cerebro y había sido culpable sólo de “exuberancia juvenil”. Le permitieron presentarse a los exámenes, los pasó fácilmente y había llegado a Berlín antes que su padre pudiera responder a la amenaza de expulsión.

Cuando volvió a la casa después de matricularse, en la primavera de 1885, Georg observó, preocupado, que su padre parecía viejo y enfermo. Karl no se confiaba a nadie ni permitía ninguna expresión de solicitud. Decía que estaba muy bien; ni siquiera su esposa sabía que sufría de los síntomas que lo habían enfermado en sus días de escuela en Pforte. La vuelta de esos síntomas ahora era fatal, y él se daba cuenta de ello.

El Dr. Groddeck quería conservar a su hijo menor cerca de él. Se había arreglado que Georg empezara en septiembre como estudiante libre en la universidad. En los meses que faltaban, Karl lo alentó a estudiar las historias médicas y las prescripciones. A Georg le gustaba ver trabajar a su padre. En esa época, gran parte de su práctica en el consultorio consistía en examinar a hombres saludables que tenían que recibir un certificado antes de registrarse en un seguro contra enfermedades. Karl hablaba fácilmente con estas personas y no le costaba trabajo hacer que hablaran acerca de ellos mismos. Se dirigían a él con respeto pero sin sentirse cohibidos. El joven consideró que el tono simple y digno que empleaba su padre era excelente en un médico.

Una mañana había salido Georg del consultorio un momento y regresaba cuando oyó que un paciente lo llamaba para decirle que el doctor se había desmayado. Cuando llegó donde estaba su padre, Karl se había recuperado un poco y estaba sentado en una silla. Su brazo derecho colgaba flojamente, pero él no le dio importancia. Dijo que se había sentido mal por un momento, que estaba mejor ya y que quería un vaso de agua. “No debes decirle nada de esto a tu madre”, dijo.

Karl reanudó el examen de los pacientes y vio a todos los que llegaron ese día. Para su hijo era milagroso; sólo podía deberse a la indomable voluntad de su padre. Pero por la tarde, éste sufrió otro colapso. Karl fue llevado inconsciente a la cama. Cuando abrió los ojos sólo podía murmurar palabras ininteligibles. Todo el lado derecho lo tenía paralizado. Después de unos días mejoró ligeramente, pero su habla era estropajosa y difícil de entender; empleaba palabras incorrectas, su visión era nublada. Entonces pareció que la parálisis desaparecía de repente, y él no les permitió llamar a un médico para que lo viera. Pero gradualmente su estado mental empeoró tanto que hubo que llamar a un médico. Georg advirtió que cada vez que el médico entraba en el cuarto, su padre parecía mejorar. Su habla se hacía más clara, su jadeo desaparecía, su cerebro estaba más alerta. El cambio duraba mientras el médico estaba allí.

Se hizo cada vez más difícil cuidar al enfermo en la casa. No podía respirar si no se sentaba rectamente, lo pusieron en una silla, pero estaba tan débil que el menor movimiento hacía que se le cayera la cabeza hacia delante y no podía levantarla, sino que tenía que quedarse con la barbilla sobre el pecho hasta que alguien llegaba a ayudarlo. Para el hijo, aquello era desolador; esa debilidad en un hombre que era como un roble gigante, un hombre que era como una fuerza de la naturaleza. Escribió:

...tuvimos la idea de pararnos detrás de su silla y sostenerle la cabeza; mi hermano mayor y yo lo hacíamos por turno, cada dos o tres horas; mi madre también lo hacía algunas veces. Mientras me pasaba horas detrás de él, me llamaba la atención su manera peculiar de respirar, característica de los enfermos del corazón. Primero respiraba profundamente, después aligeraba gradualmente su respiración hasta que casi desaparecía; después venía una terrible pausa en que la vida misma parecía detenerse, pero al fin revivía y volvía a repetirse el mismo ritmo. Quien haya estado cerca de un enfermo semejante comprenderá el terror de esta experiencia para un muchacho que no sabía nada del mundo ni de Dios. Por una extraña casualidad descubrí que, cuando la respiración daba las primeras señales de alteración, si ponía mi pulgar en el espacio entre los dos músculos de la nuca presionando las vertebras, la respiración volvía a hacerse normal. De esta manera, controlaba el síntoma durante varias horas. Esto me llenó de alegría, y tenía demasiada poca experiencia para adivinar que mi observación era defectuosa y mi éxito ilusorio, de modo que se me fijó firmemente la idea de que yo sería una especie de médico milagroso. A esta idea, a esta fe ilimitada en mis facultades de curación, atribuyo gran parte de mi éxito...

Estaba equivocado en cuanto al tratamiento, pero la experiencia le hizo ver a Georg Groddeck, para siempre, que estaba destinado a ser médico. Quizás nunca había dudado de ello. En ninguna parte de sus escritos ni en la conversación manifestó nunca la menor inconformidad con la elección de profesión que su padre había hecho por él.

No obstante, al elegir la medicina sabía que disgustaba a su madre. En efecto, su disgusto se hizo evidente durante la enfermedad de su marido. Ante la convicción de que Karl no se recuperaría, decidió que Georg debía convertirse en el responsable de ganar el pan para la familia. Hizo trámites para mandarlo a Rusia como preceptor, de modo que sus alimentos y alojamientos le fueran provistos y pudiera mandar a la casa la mayor parte de su sueldo.

Karl, recostado en almohadas, seguía en el hospital católico, donde por fin fue aceptado como paciente de caridad gracias a la intervención de cierto Dr. Vollmer. Durante varios días se consumió lentamente, luchando en cada respiración, hasta que en la última noche se produjo un cambio evidente en su cara y todos comprendieron que estaba muriendo. Dijeron a Georg que se fuera a dormir; su madre se sentaría al lado de la cama a velar. Cuando despertó por la mañana, le dijeron que su padre había muerto hacía horas.

No podía creerlo. Lo llevaron a ver el cadáver, pero la cara de cera que contempló no era la cara de su padre. Uno de sus hermanos empezó a llorar desconsoladamente; los ojos de Caroline estaban rojos, pero el sentimiento de Georg era la cólera. Su padre había desaparecido como a hurtadillas.

La cólera persistió durante el funeral. Observaba a sus hermanos y a su hermana y creía saber lo que sentían, pero él no sentía nada de eso. Era la primera muerte que veía en su vida, y su reacción futura ante la muerte sería siempre la misma: la cólera. No respondía a la muerte con pesar, aunque sentía pesar en otras circunstancias. Podía experimentar una sensación de pérdida, alguna observación hecha al azar podía producirle dolor, pero la muerte le producía cólera. “La muerte de parientes y amigos nunca me ha producido aflicción”, decía. “Me parecía que, al morir, me habían hecho un agravio.”

La muerte de Karl dejó a Georg con una terrible sensación de haber sido abandonado por su padre. Poco después, su madre concluyó los trámites para mandarlo al extranjero. Una ayuda llegó de repente y milagrosamente. El joven Karl, que ahora tenía cerca de treinta años, recibió el ofrecimiento de un puesto excelente como editor del *Vossische Zeitung*. El sueldo era generoso, lo bastante para mantenerlos a todos y para que Georg fuera a la universidad.

Nadie en la familia se preguntó cómo ocurría esa coincidencia de que una situación tan buena se materializara precisamente cuando más lo necesitaban. No fue sino muchos años después cuando se enteraron de lo que había sucedido. El viejo amigo de escuela del Dr. Groddeck, Lessing, aunque alejado durante mucho tiempo, se había enterado de las dificultades de la familia y había creado una posición para el hijo de su amigo. En su gratitud, Georg confundía causa y efecto. “Tengo que agradecerle tanto”, decía, “que me sería imposible hablar de ello”. No hablaba de Lessing, al que realmente le debía mucho, sino de su hermano mayor.

En el otoño, un mes antes de cumplir los 19 años, entró en la Universidad Kaiser Wilhelm de Berlín e inició sus estudios de medicina. Todavía se sentía resentido, perdido, como un hijo abandonado por su padre. Pero un año después estaba trabajando arduamente, aprendiendo, con plena vitalidad por primera vez desde que saliera de su casa para ir a Pforte. Había encontrado un nuevo padre en uno de sus maestros, el ídolo de Karl, el más grande de todos los médicos: Ernst Schweninger.

III. “Padre e hijo”, pp. 24-28, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 6-ex-60